
CAPITULO II

La instrucción secundaria y la profesional.—En el Seminario.—En el Instituto.—
Resolución del problema de su vida.—Algo sobre filosofía de la Historia.

Salanueva debió ser un hombre perspicaz al mismo tiempo que un filántropo. Comprendió que en aquel indio que llegó á sus puertas ignorante, descalzo, sin amparo efectivo, había el material de un hombre; que Benito había nacido para algo más que para pastor de ovejas y para criado doméstico. Quiso elevarlo á la mayor categoría que él soñaba, darle la carrera que en su concepto era la más noble, y consiguió que su pupilo entrase de alumno externo en el Seminario de Santa Cruz, único plantel de instrucción secundaria que por entonces existía en Oaxaca. Allí comenzó el estudio de latinidad en Octubre de 1821; siguió el curso de filosofía en 1824, en cuyo año se abrieron las cátedras, y los terminó en 1827. En todos esos cursos obtuvo la calificación de *excelente*, y en los actos públicos que sustentó dió relevantes pruebas de aplicación asidua y de clara inteligencia; y hay que fijar mucho la atención sobre este punto, que viene á destruir la calumniosa especie de que Juárez fué poco ilustrado, sin que falte quienes han llevado su audacia hasta calificarlo de ignaro.

Llegó el momento de elegir una carrera. No creo, como asientan algunos biógrafos, que el Padre Salanueva ejerciese presión de ninguna especie en el ánimo de su pupilo. Dados el estado en que se encontraba Oaxaca, la educación y la instrucción que había recibido Juárez, no se presentaba ante

sus ojos más sendero que el que conducía al sacerdocio. A él se dedicó en su avidez de ciencia, comenzando el estudio de la teología el año de 1827.

Permítaseme abrir aquí un breve paréntesis para entrar en algunas consideraciones oportunas.

Juárez nació cuatro años antes de que el Cura Hidalgo diese el glorioso grito de Dolores. En el período transcurrido de 1810 á 1821, en que empezó, se desarrolló y terminó la lucha por la independencia patria; el joven indio no tuvo la inteligencia suficientemente esclarecida para darse cuenta exacta de aquel movimiento redentor.

Después, la abstracción de su vida de estudiante y su consagración completa al estudio, quizás le impidieron darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor, y no advirtió la lucha tremenda provocada por el conflicto entre el régimen colonial que concluía y el de la vida independiente que comenzaba; entre los esfuerzos desesperados del principio monárquico que no quería abandonar el poder y el viril empuje del republicano que trataba de afirmar su conquista.

Donde quiera que se nota una lucha entre el progreso y el retroceso, puede asegurarse que la Iglesia Católica figura en el último bando, ya de un modo franco, ya de manera solapada. Eso está dentro de su carácter y dentro de su institución.

Esa lucha entre los dos principios se inició en la Capital y cundió por las provincias. En Oaxaca fué muy animada y todo lo invadió.

Los liberales quisieron adueñarse de la juventud, en la que siempre radica lo porvenir; pero el clero se la disputó con tenacidad.

Para el mejor logro de su objeto, los liberales consiguieron que la Legislatura del Estado crease, en Agosto de 1826, el Instituto de Ciencias y Artes, el que se inauguró el lunes 8 de Enero de 1827. Según dijo el Lic. Don Manuel Dublán, en el informe que rindió al Emperador Maximiliano, no se fundó el Instituto en odio al Colegio Seminario, sino por el deseo de propagar la instrucción, de cortar el exclusivismo de la enseñanza de que sólo el clero era depositario, y como un medio de emancipación que fundara la supremacía del po-

der público. «Tan cierto es, agrega, que no fué el odio al clero, sino el patriotismo, el origen de esta fecunda institución, que la Legislatura, á que debe su existencia el Instituto, se componía de cerca de una mitad de eclesiásticos muy notables por su instrucción y por sus virtudes; y que para fundar el Colegio, y durante los primeros veinte años, fué dirigido por un religioso dominico, por un respetable canónigo y por un Obispo muy conocido en toda la nación.»

Todo esto es muy cierto; pero no lo es menos que en aquella época el clero estuvo también dividido, y que si la inmensa mayoría fué contraria á la independencia, á la República y á la libertad, no faltaron quienes diesen alto ejemplo de amor á esos principios humanitarios, como Hidalgo, Morelos, Matamoros y otros curas que figuran en el martirologio de nuestra emancipación; como lo fué el R. P. Maestro Fray Francisco Aparicio, el religioso dominico á quien alude el señor Lic. Dublán, «amigo de la juventud y hombre ilustrado, que sin duda se adelantaba á su época en aquella sociedad,» según la opinión respetable de Don Anastasio Zerezero.

Como se ve, no se instituyó el Colegio por *odio al clero*, sino por *amor al progreso*; pero como el amor al progreso es interpretado por el clero como odio á la Iglesia, el Licenciado D. Francisco María Ramírez de Aguilar, penitenciario de la iglesia Catedral, ex-diputado á Cortes por la provincia de Oaxaca en los años de 1820-21, y miembro conspicuo de la junta directiva de estudios, en la sección de teología del Seminario, y su director de hecho, declaró guerra á muerte al Instituto, el que fué acusado de foco de prostitución y de herejía.

Dice el Sr. Zerezero en su biografía de Juárez:

«Las ideas del siglo habían comenzado á hacerse oír en el Seminario, y sus alumnos más distinguidos comenzaron á percibir un horizonte más extenso y más hermoso que les dejaba descubrir la suspicacia del clero: empezaron á abandonar la casa, y á recogerlos y abrigarlos en su seno el Instituto. Entre estos alumnos, uno de los primeros que se pasó al Instituto fué el malogrado, inteligente é ilustrado joven Don Miguel Méndez, indio de raza pura, que descollaba entre toda aquella juventud, y á quien una temprana muerte arre-

bató del seno de sus amigos. Méndez era amigo íntimo de Juárez, y á esta amistad y á la de otros jóvenes que ya habían entrado al Instituto, debió sin duda el haber resistido á la natural influencia que su protector hubiera ejercido en él, para inclinarlo á seguir la carrera eclesiástica. Comenzó, pues, Juárez sus cursos de Derecho, en el Instituto; á fines de 1829 obtuvo la cátedra de física experimental; en 1832 sufrió el examen correspondiente y recibió el grado de bachiller en Derecho, y en 13 de Enero de 1834 el título de Abogado de los Tribunales de la República, previos los exámenes que previenen las leyes.»

Entre los actos públicos que sustentó en su carrera de estudiante, llamaron la atención los dos de Derecho público. El primero lo verificó en la noche del 30 de Julio de 1829, en que defendió las siguientes proposiciones:

1ª Los poderes constitucionales no deben mezclarse en sus funciones.

2ª Debe haber una fuerza que mantenga la independencia y el equilibrio de estos poderes.

3ª Esta fuerza debe residir en el tribunal de la opinión pública.

Sustentó el segundo acto la noche del 12 de Agosto de 1830, y sostuvo las proposiciones siguientes:

1ª La elección directa es la más conveniente en un sistema republicano.

2ª Esta elección se hace tanto más necesaria, cuanta más ilustración haya en el pueblo.

En el Instituto ocupó sucesivamente los puestos de catedrático de Derecho Civil, el de Derecho Canónico, el de Física, y fué Secretario, y, por último, Director del Establecimiento.

✓ Tal fué la carrera científica de Juárez, comprobada por documentos fehacientes; y por lo expuesto se ve que la hizo á toda conciencia, que alcanzó en ella grandes honores, lo que vuelvo á hacer notar para barrer hasta con los últimos resquicios del torpe cargo, que le hace la envidia procaz, de falta de ilustración.

Cuando vemos cómo se fueron concatenando los acontecimientos, cómo se fueron combinando las circunstancias en esta primera parte de la vida de Juárez para forjar su ca-

rácter, para templarlo y hacerlo apto para la lucha que sostuvo más tarde, se queda absorto el espíritu y vacila entre los que sostienen que las circunstancias hacen al hombre, y los que proclaman lo contrario.

Dice Draper que hay dos maneras de escribir la historia: la manera artística y la manera científica. «La primera parte de la suposición que los hombres hacen los acontecimientos; en consecuencia, toma un personaje eminente, lo pinta con colores fantásticos, y lo disfraza de héroe de novela. La segunda, al contrario, acepta que las cosas humanas son un encadenamiento en el que un hecho se deriva necesariamente de un hecho y produce, no menos necesariamente, otro hecho; de manera que los hombres no hacen los acontecimientos, sino que los acontecimientos hacen á los hombres . . . El autor debe tener sus ojos incesantemente fijos en esta cadena de efectos y de causas que constituye toda la historia. Debe apartarlos con desdén de esos fantasmas de pontífices, de hombres de estado y de reyes, que son otros tantos impostores.»

✓ Yo no puedo admitir la conclusión, asentada de un modo tan absoluto, de que los acontecimientos hacen á los hombres, y no los hombres á los acontecimientos. La acción es recíproca. La guerra de independencia de los Estados Unidos sirvió para *revelar* á Washington, no para *hacerlo*. Sin la Revolución francesa no hubiésemos conocido á Napoleón, porque habría faltado, tal vez, el medio apropiado para el desarrollo y la manifestación de ese genio militar; pero sin Napoleón no hubiera habido esa epopeya, la más pasmosa de la Historia, que empieza con la campaña de Italia y acaba en Waterloo.

Así, pues, hechos y hombres se identifican, se complementan y se ligan íntimamente, que es imposible separarlos, y no hay inteligencia humana capaz de demostrar hasta dónde llega la influencia del hecho y desde dónde arranca la influencia del hombre.

La Historia no es ni puede ser impersonal.

Si el hecho bastase, sería indiferente la personalidad del héroe; mejor dicho, no habría héroes. Pero sucede justamente lo contrario: el héroe imprime carácter, no solamente al hecho, sino á la época; es decir, á la sucesión de hechos.

Cada héroe es un carácter y su personalidad se refleja en todo lo de su época.

Se dice que Newton descubrió y estableció una de sus famosas leyes en virtud de haber visto caer de un árbol una manzana. El hecho es la caída del fruto. ¿Formó ese hecho á Newton? Pues si el acontecimiento por sí mismo basta, ¿cómo es que antes no se había descubierto y formulado la ley, cuando desde *ab initio* las manzanas caen de los árboles, y millones de hombres las habían visto caer, antes que Newton?

Las circunstancias no aumentan ni disminuyen la verdadera talla del hombre superior; sirven para ponerla más ó menos de manifiesto; para exhibir al héroe en esta ó en otra escena. Eso es todo.

De seguir las teorías de Draper y de los que con él opinan, resultaría que sin el hecho de las ovejas que por descuido de Benito se introdujeron en campo ajeno, éste no habría ido á Oaxaca, y el pastor no se habría convertido en estudiante; que si no se hubiese levantado el Instituto de Ciencias y Artes frente al Seminario, el estudiante de teología no se habría hecho abogado, y no tendríamos á Benito convertido en Juárez; y que sin el triunfo del Plan de Ayutla, no habríamos tenido la Constitución y la Reforma, y sin ellas no habrían venido la Intervención y el Imperio, y no tendríamos al Benemérito de las Américas.

Es cierto; sin esos hechos, no existirían esos títulos, ni habría esa gloria; pero Benito Juárez siempre hubiera sido lo que fué, lo que es: un carácter, una personalidad. Pastor, sería otro Viriato; sacerdote habría sido otro Lutero ú otro Savonarola. De todos modos, en cualquiera condición, habría sido un Juárez. El diamante es diamante en las entrañas de la tierra, lo mismo que en la corona de un emperador. El minero lo descubre, pero no lo crea; el lapidario lo pule, pero no lo inventa. Merced á estos dos los conoce la humanidad, no lo niego; pero la rica piedra existe, es por sí misma y sin el auxilio extraño. Ni el minero ni el lapidario, por más talentosos y hábiles que sean, hacen el diamante.

Las circunstancias que he reseñado prepararon el escenario é instruyeron al actor, no lo hicieron; dieron el argumento para la obra, no constituyeron el genio del autor.

Juárez resolvió por sí mismo el primer problema de su vida, cuando prefirió la ciudad al campo; de la misma manera resolvió el segundo problema, más complicado, cuando optó por el Instituto, abandonando el Seminario; por la vida civil, dejando la eclesiástica. Y así lo veremos resolver todos los demás problemas de su existencia, en virtud de su libre albedrío, de su razón clara.

Y así veremos que nunca salió de su verdadero carácter, y por eso conservó hasta la muerte su verdadera fuerza.

Esto es lo que nos enseña la verdadera filosofía de la Historia.